

# Presentación

## Presentation

MIGUEL CAÍNZOS

Universidad de Santiago de Compostela-Universidad  
Complutense de Madrid (España)  
m.cainzos@edu.ucm.es

En este número de la *RES*, la sección «Debate» está dedicada a un intercambio sobre la relación entre, de un lado, inmigración y diversidad étnica y, de otro, capital social y cohesión. Su punto de partida es un artículo de Robert Putnam titulado «*E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-first Century*», publicado en 2007 por la revista *Scandinavian Political Studies* (vol. 30, nº 2, pp. 137-174) y basado en la conferencia que su autor pronunció un año antes al recibir el Premio Johan Skytte de Ciencia Política, que le había sido concedido por la Universidad de Uppsala<sup>1</sup>.

Abre el intercambio un trabajo de Alejandro Portes y Erik Vickstrom, «Diversidad, capital social y cohesión» (aparecido originalmente en la *Annual Review of Sociology*, vol. 37, pp. 461-479, 2011, y publicado aquí en versión española gracias a la amable autorización de sus autores y de *Annual Reviews, Inc.*), en el que se lleva a cabo una incisiva crítica del argumento de Putnam. Le siguen otras cinco contribuciones, cuyos autores (Enrique Martín Criado; Berta Álvarez-Miranda; Alfonso Echazarra y Laura Morales; Francisco Herreros; Amparo González Ferrer y Mao-Mei Liu) abordan desde puntos de vista muy diversos algunas de las cuestiones planteadas por Putnam y retomadas polémicamente por Portes y Vickstrom.

En esta introducción se resume el contenido de «*E Pluribus Unum*», a fin de proporcionar al lector información sobre el punto de arranque del debate, y se presentan brevemente las seis contribuciones al mismo, indicando cuál es la posición de sus autores con respecto a las tesis (o, de manera más general, el programa de investigación) de Putnam.

---

<sup>1</sup> El artículo está disponible en Internet (<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1467-9477.2007.00176.x/pdf>).

## EL ARGUMENTO DE PUTNAM

Esquemáticamente, el argumento de «*E Pluribus Unum*» se puede condensar en cuatro ideas:

- en las próximas décadas, la diversidad étnica aumentará de manera sustancial en casi todas las sociedades avanzadas, en parte como consecuencia de la inmigración;
- a largo plazo, esa tendencia, además de inevitable, es netamente positiva por razones tanto económicas como sociales;
- sin embargo, es probable que el incremento de la inmigración y de la diversidad étnica tenga efectos negativos a corto y medio plazo, sobre todo debido a que aquellas «ponen en cuestión la solidaridad social e inhiben el capital social», y
- la superación de estos problemas requiere la puesta en marcha de políticas que impulsen nuevas formas de cohesión y neutralicen los efectos negativos de la diversidad, propiciando la integración de los grupos minoritarios e inmigrantes en un «nosotros» inclusivo.

El objetivo último del texto de Putnam es abiertamente político. Se trata de defender una posición intermedia entre dos polos: de un lado, el rechazo radical de la inmigración y la heterogeneidad étnica, vistas como fuente de todo tipo de males, que se encarna en las tesis de los «nativistas» norteamericanos y, de manera más general, está presente con intensidad variable en el discurso político y la opinión pública de la mayoría de las sociedades avanzadas; de otro lado, la celebración incondicional de la diversidad, que se ha ido convirtiendo en una señal de identidad del progresismo político e intelectual. Frente a estas dos visiones unilaterales, Putnam sugiere que es necesario reconocer que el aumento de la inmigración y la diversidad tiene aspectos tanto positivos como negativos, que la incidencia de unos y otros es variable a lo largo del tiempo y que, si se pretende minimizar sus efectos negativos, hay que empezar por admitir la existencia de estos y adoptar políticas capaces de hacerles frente.

Putnam apenas da detalles acerca del contenido concreto de las políticas que preconiza, pero es evidente que, a su juicio, los ejes prioritarios de actuación no son el combate contra la desigualdad y la discriminación o la mejora de las condiciones materiales en que se insertan los grupos minoritarios en las sociedades de acogida (o, en algunos casos, como el de la población negra norteamericana, a las que pertenecen desde hace mucho tiempo), sino «la reconstrucción de las identidades étnicas a fin de reducir su prominencia pública sin eliminar su importancia personal», en particular mediante el desarrollo de «identidades sincréticas, permeables y “compuestas” que permitan a grupos étnicos anteriormente separados verse a sí mismos, en parte, como miembros de un grupo más amplio con una identidad común». A la hora de especificar cuáles son los medios a través de los cuales se puede lograr esta creación de «un nuevo y más amplio sentido del “nosotros”», Putnam no va más allá de proponer la creación de espacios de interacción cotidiana entre grupos étnicos que permitan el desarrollo de la tolerancia hacia la diferencia, la facilitación del proceso de aculturación de los inmigrantes mediante el aprendizaje de la lengua del país de acogida y la ayuda a las comunidades locales para hacer frente a los costes que lleva consigo a corto plazo el aumento de la diversidad, que están muy localizados espacialmente.

Pero, aunque tenga una finalidad esencialmente política, «*E Pluribus Unum*» está dedicado en su mayor parte a dar sustento empírico a la tesis de que la heterogeneidad étnica tiene como efecto a corto plazo la erosión del sentido de la comunidad, el capital social y la solidaridad. Para ello, Putnam presenta resultados de la explotación de la Social Capital Community Benchmark Survey (SCCBS), una encuesta realizada en 2000, con una muestra total de casi 30.000 sujetos que comprende una muestra representativa de la población norteamericana y 41 muestras representativas de otras tantas localidades y áreas metropolitanas, cubriendo todo el abanico que va desde grandes conurbaciones como Los Ángeles, Chicago, Houston o Boston hasta comunidades rurales de Dakota del Sur, Washington o Virginia. Entre otras muchas cosas, estas áreas difieren enormemente en cuanto a los niveles de heterogeneidad étnica de su población. Una importante ventaja de la SCCBS es que incluye *geocódigos* que posibilitan el enlace de los datos de la encuesta con los de otras fuentes, como el Censo, y, por tanto, permiten conocer con detalle las características demográficas, económicas y sociales de la sección censal (o, como mínimo, el condado) en que viven los entrevistados, incluyendo, por supuesto, la diversidad étnica.

Aprovechando estas ventajas de los datos que utiliza, la exposición de Putnam procede en dos pasos. En un primer momento, se presentan análisis bivariados de la relación entre el nivel de heterogeneidad étnica existente en cada área local y varios indicadores de confianza social (confianza en los vecinos; confianza en los miembros del mismo grupo étnico o racial; confianza en los miembros de otros grupos; y, finalmente, un indicador de «confianza etnocéntrica» consistente en la diferencia entre la confianza en los miembros del mismo grupo y en los pertenecientes a otros grupos). Lo que se encuentra es que existe una robusta relación negativa entre diversidad y confianza, que se aplica no solo a la confianza en los vecinos o en los miembros de otros grupos étnicos, sino también, de manera más sorprendente, a la confianza en los miembros del grupo étnico o racial al que uno mismo pertenece (los  $R^2$  oscilan entre 0,51 y 0,64). En cambio, no hay correlación entre heterogeneidad étnica y «confianza etnocéntrica». Aunque Putnam no expone los resultados de los análisis, asegura que la misma correlación negativa se encuentra para indicadores de otras presuntas dimensiones del capital social y de la cohesión comunitaria<sup>2</sup>.

En conjunto, Putnam entiende que de todo ello se desprende la descripción de un panorama coherente, en el que cobra sentido incluso el hallazgo más llamativo e inesperado (la disminución de la confianza en los miembros del propio grupo)<sup>3</sup>. En resumen, lo que ocurre

---

<sup>2</sup> Concretamente, para la confianza en el Gobierno, los líderes y los medios de comunicación locales; la eficacia política externa; la probabilidad de registrarse para votar; la expectativa de que otras personas ayudarán a resolver problemas de acción colectiva; la probabilidad de participar en un proyecto comunitario, hacer donaciones o realizar trabajo voluntario; el número de amigos íntimos; el sentimiento de felicidad; el nivel de calidad de vida percibida; y el tiempo dedicado a ver la televisión. Hay, en cambio, correlaciones positivas entre diversidad étnica y conocimiento sobre e interés por la política y participación en protestas y grupos de reforma social.

<sup>3</sup> Aunque el objetivo de esta presentación es tan solo ofrecer al lector un resumen del artículo de Putnam y no entrar en el análisis del mismo, no puedo eludir la tentación de apuntar la sospecha de que la explicación de los aspectos más sorprendentes de estos resultados (el efecto negativo para la confianza en el propio grupo y la ausencia de efecto para la «confianza etnocéntrica») puede no ser sustantiva, como sugiere Putnam, sino metodológica. A mi juicio, y con la cautela a que obliga a que no disponer de información sobre las distribuciones de las variables y las

es que «la diversidad “no” produce “malas relaciones raciales” u hostilidad entre grupos étnicos», sino que «los habitantes de comunidades diversas tienden a retraerse de la vida colectiva» en general. Esta tendencia afecta «a las actitudes y al comportamiento, al capital social que tiende puentes hacia afuera [*bridging*] y al que refuerza los vínculos internos [*bonding*], a las conexiones públicas y a las privadas. Al menos a corto plazo, la diversidad parece sacar a la luz a la tortuga que hay en todos nosotros».

En un segundo paso, Putnam se mueve desde el análisis bivariado a nivel agregado al análisis multivariado a nivel individual, a fin de asegurarse de que la relación negativa entre heterogeneidad étnica y confianza y capital social no es espuria. Para ello, centra el análisis en los determinantes individuales y contextuales de la confianza en los vecinos. Según sus modelos de regresión lineal, tras controlar los efectos de un gran número de variables la diversidad étnica, medida mediante el índice de Herfindahl, sigue teniendo un efecto negativo estadísticamente significativo, cuya magnitud se puede cifrar en un coeficiente estandarizado de 0,04<sup>4</sup>. Puesto que Putnam no proporciona información sobre la distribución de las variables, no es fácil evaluar ese coeficiente, pero él mismo señala que «implica que, en términos de su efecto sobre la confianza en los vecinos, la diferencia entre vivir en un área tan homogénea como Bismarck, Dakota del Norte, y una tan diversa como Los Ángeles es aproximadamente tan grande como la diferencia entre un área con una tasa de pobreza del 7% y una con un tasa de pobreza del 23%»<sup>5</sup>. Además, según Putnam, se obtiene un resultado semejante para todos los demás indicadores de capital social que en el análisis bivariado habían mostrado tener una correlación significativa con la diversidad étnica.

---

correlaciones entre ellas, podríamos estar ante un problema de validez en la medición presuntamente independiente de la confianza en los vecinos, en cada grupo étnico y en el propio grupo étnico, y a la existencia de una correlación muy alta entre todas ellas, que podrían estar captando en realidad un mismo constructo subyacente (una orientación básica a confiar o no confiar independientemente del alcance de la confianza, con variaciones en su fuerza según el objeto, pero consistente en los individuos (y comunidades) y variable entre ellos). Esto explicaría tanto que todas las variables varíen entre comunidades según una misma pauta como que, en cambio, la «confianza etnocéntrica» (que es la diferencia entre dos de los tipos de confianza medidos) varíe aleatoriamente entre comunidades. Esto último es precisamente lo que cabría esperar que ocurriese con las diferencias entre los valores de dos o más indicadores de una misma variable latente.

<sup>4</sup> En realidad, Putnam utiliza un índice de «homogeneidad» étnica. De ahí que la relación negativa entre diversidad y confianza se exprese a través de un coeficiente positivo.

<sup>5</sup> A fin de que el lector pueda hacerse una idea cabal de cuán importante es el efecto de la diversidad étnica en comparación con el de otras variables y, por ende, pueda juzgar hasta qué punto ese efecto puede justificar una especial preocupación por las consecuencias sociales y políticas del aumento de la diversidad, no estará de más señalar que el coeficiente de la heterogeneidad étnica es de igual tamaño que los que se encuentran para factores de contexto como el porcentaje de personas que tienen su vivienda en régimen de alquiler, la densidad de población de la sección censal y el porcentaje de personas que llevan al menos cinco años viviendo en la misma localidad. Coeficientes beta más elevados se obtienen para variables individuales como la edad (0,15), la tenencia de vivienda en propiedad (0,13), el nivel de estudios (0,13), la satisfacción con la situación económica personal (0,08) o los ingresos del hogar (0,05), así como para variables contextuales como la tasa de pobreza en la sección censal (-0,08) y el número de crímenes no violentos per cápita en el condado (-0,05). También se encuentran coeficientes más elevados para la condición étnico-racial de los entrevistados (concretamente, -0,12 para ser negro no latino y -0,07 para ser latino).

Tras completar la presentación de sus resultados, descartando que estos se deban a la presencia de problemas de autoselección, heterogeneidad de los efectos entre distintos grupos demográficos, problemas relacionados con la selección del nivel de agregación al que se miden las variables contextuales, presencia de efectos no lineales, correlación entre diversidad étnica y desigualdad económica, o errores de estimación derivados del uso de modelos de regresión lineal ordinarios para analizar datos anidados o conglomerados, Putnam concluye que sus hallazgos son robustos.

Según Putnam, el patrón de resultados obtenidos no se ajusta a las predicciones que se seguirían de las teorías del contacto (según las cuales, lo esperable sería que la diversidad fomentase la tolerancia interétnica y la solidaridad social, al permitir superar el prejuicio) o de las teorías del conflicto (según las cuales, el aumento de la diversidad debería generar competencia y conflicto intergrupales y se debería traducir en fortalecimiento de la confianza intragrupal y erosión de la confianza hacia los «extraños»). Sin embargo, es plenamente consistente con la hipótesis de la «defensividad» o, más gráficamente, del «encogimiento» en busca de protección (*hunkering down*), es decir, con la existencia de una propensión a retirarse al refugio de la privacidad, abandonando el espacio público e incluso disminuyendo la interacción informal, ante la presencia de «extraños».

Ahora bien, como es sabido, Putnam entiende que la riqueza, frecuencia y diversidad de las interacciones formales e informales y la intensidad de la participación de los ciudadanos en la vida pública son fuentes básicas de la formación y reproducción de la cohesión social, condiciones necesarias para el desempeño eficiente de las instituciones políticas (en particular, democráticas) y factores que tienen efectos positivos en muy diversas esferas, desde el desarrollo económico hasta la salud. Con estas premisas, es inevitable concluir que, en la medida en que tenga un impacto negativo sobre la confianza y el capital social, el aumento de la diversidad étnica (especialmente, el derivado de los flujos migratorios) puede suponer una amenaza, al menos a corto plazo, para el óptimo funcionamiento de las sociedades que lo experimentan y, por tanto, es necesario poner en marcha políticas que mitíguen sus consecuencias indeseables. *Quod erat demonstrandum*.

## EL DEBATE

En el primero de los textos que se publican en este número de la *RES*, Alejandro Portes y Erik Vickstrom ponen en cuestión no solo las tesis defendidas por Putnam en «*E Pluribus Unum*», sino la propia pertinencia y relevancia de su programa de investigación sobre capital social. El argumento de Portes y Vickstrom consta de tres ideas principales.

En primer lugar, la evidencia disponible sobre la relación entre heterogeneidad étnica y capital social, fruto de numerosas investigaciones realizadas a lo largo de la última década, no permite extraer una conclusión unívoca en la línea propuesta por Putnam. Los estudios sobre Estados Unidos, incluso los que han utilizado los datos del propio Putnam, han arrojado resultados muy diversos, cuando no estrictamente contradictorios. La presencia y, en su caso, la fuerza de la asociación entre diversidad y capital social dependen de terceras variables y, en particular, la eventual disminución de la confianza en contextos étnicamente diversos parece

ser producida por la interacción entre heterogeneidad y segregación más que por la heterogeneidad en sí misma. También las investigaciones sobre otros países proporcionan resultados dispares y apuntan a la existencia de variaciones en la relación en función de otros factores. Finalmente, los estudios con datos agregados a nivel de país tampoco hallan un patrón sistemático de asociación negativa entre confianza y diversidad. En suma, la relación entre diversidad y capital social es incierta y, en la medida en que exista, podría ser un subproducto de factores estructurales que tienen que ver, sobre todo, con las pautas de segregación y desigualdad prevalecientes en determinados contextos.

Pero, además, es dudoso que, de existir, el efecto negativo de la diversidad étnica sobre el capital social fuese muy importante y digno de atraer la atención del público y de los decisores políticos. Y ello por dos razones, que constituyen las otras dos tesis críticas de Portes y Vickstrom.

Por un lado, no está claro que el capital social tenga efectos sociales y económicos en tantas esferas y tan fuertes como Putnam supone. Portes y Vickstrom demuestran que los análisis presentados en *Bowling Alone*, que según Putnam ponían de manifiesto el efecto incuestionablemente beneficioso del capital social en muchos ámbitos, están aquejados de serias deficiencias (problemas de endogeneidad, espuriedad de la relación y falta de atención a las causas históricas más profundas de la variación en los niveles de capital social). Un reanálisis de los datos de Putnam lleva a concluir que los presuntos efectos beneficiosos del capital social son, en su mayor parte, explicados por variables estructurales y que, en cualquier caso, el volumen de capital social de que dispone una sociedad en un momento dado depende de factores históricos de largo plazo, de tal modo que tienen poco sentido las llamadas voluntaristas a aumentar la participación ciudadana en la vida pública o a intervenir sobre variables contemporáneas para promover el capital social.

Por otro lado, la atribución de centralidad a la confianza y el capital social en el aseguramiento de la solidaridad social en las sociedades modernas depende de una concepción incorrecta de los fundamentos de la cohesión en tales sociedades. Según Portes y Vickstrom, lo que caracteriza a las sociedades avanzadas es que su cohesión proviene fundamentalmente de una combinación de individualismo, división del trabajo e instituciones públicas fuertes que ejercen funciones de coordinación. Por tanto, el orden social se asienta principalmente sobre normas impersonales de carácter universal, respaldadas por la capacidad de sanción de las instituciones públicas, y no sobre redes informales, relaciones interpersonales y normas de reciprocidad. Si es así, el eventual impacto negativo de la heterogeneidad étnica sobre la confianza y el capital social es perfectamente compatible con el adecuado funcionamiento de la sociedad.

En conjunto, las críticas de Portes y Vickstrom constituyen una radical impugnación de las tesis de Putnam, no solo acerca del sentido y magnitud de la relación entre inmigración, diversidad étnica y capital social, sino acerca de la propia relevancia de este en las sociedades desarrolladas. En último término, lo que se pone en duda es el interés de la propia cuestión y la pertinencia de dedicar recursos y energías a su indagación, con el coste inevitable de preterir problemas sociales y sociológicos de mayor envergadura.

Las otras cinco contribuciones al debate retoman desde puntos de vista muy diferentes las líneas argumentales de Putnam y Portes y Vickstrom, añadiendo nuevos matices teóricos, metodológicos y empíricos.

En su artículo, muy expresivamente titulado «El fraude del capital social. Consideraciones críticas en torno a “*E Pluribus Unum*”», Enrique Martín Criado lleva la impugnación del programa de investigación putnamiano todavía más lejos que Portes y Vickstrom. Martín Criado pone en solfa la consistencia y univocidad del concepto de capital social acuñado por Putnam, su estrategia analítica, la validez de sus inferencias causales y, finalmente, su interpretación de la relación entre inmigración, diversidad étnica y capital social, aunando en su crítica los aspectos científicos y los ideológicos.

Los tres trabajos siguientes, de Berta Álvarez-Miranda, Alfonso Echazarra y Laura Morales, y Francisco Herreros, estudian la relación entre heterogeneidad étnica y capital social en términos empíricos, siempre teniendo como referencia el planteamiento de Putnam.

En «Confianza generalizada e inmigración: evidencia cualitativa del caso español», Álvarez-Miranda expone resultados de un estudio del discurso de nativos y extranjeros residentes en barrios españoles que han acogido contingentes importantes de inmigrantes en la primera década del siglo XXI, así como de potenciales migrantes marroquíes. Con esa base empírica de carácter cualitativo, arroja luz sobre los complejos procesos a través de los cuales se generan distintos tipos de confianza social en contextos multiétnicos y evalúa los efectos que puede tener sobre cada uno de aquellos tipos el aumento de la diversidad producido por la masiva entrada reciente de inmigrantes.

Por su parte, como indica el título de su contribución («El efecto de la diversidad en la cultura cívica en España a examen»), Echazarra y Morales contrastan la validez de la tesis de Putnam acerca de la relación negativa entre diversidad y capital social en el contexto español, con la precisión de que su análisis se centra estrictamente en una serie de actitudes y comportamientos que, aunque han sido incorporados por Putnam en su concepto de capital social, clásicamente se habían englobado bajo la noción de «cultura cívica», uno de los tipos de cultura política distinguidos por Almond y Verba. Tanto su examen de las series temporales que reflejan la evolución de los atributos objeto de estudio como, sobre todo, su análisis de datos de encuesta combinados con información contextual de fuentes censales y administrativas permiten a los autores concluir que en España no hay indicios de que mayor heterogeneidad étnica lleve consigo debilitamiento de la cultura cívica.

En «Confianza y heterogeneidad étnica», Francisco Herreros lleva a cabo un estudio comparado con datos de 36 países en el que, combinando datos de encuesta e información contextual proveniente de diversas fuentes, se indagan los efectos de la heterogeneidad sobre la confianza social generalizada, partiendo de la hipótesis de que tales efectos serán moderados por el nivel de eficacia del Estado. Concretamente, Herreros espera que la diversidad étnica disminuya la confianza en países en los que el Estado funciona de manera altamente eficaz, pero no allí donde el Estado es ineficaz. Tras presentar los resultados de una serie de modelos multinivel, Herreros concluye que su hipótesis se ve confirmada, aunque sea de manera provisional. Esto supone que la tesis de Putnam recibe cierto apoyo empírico, pero solo para contextos en los que está presente un Estado eficaz. Sin embargo, como sugiere Herreros en línea con Portes y Vickstrom, se puede sospechar que justamente en esos contextos la confianza no es necesaria para asegurar la cohesión social y la cooperación, que ya son suficientemente garantizadas por el propio Estado. Por tanto, es probable que el efecto de la diversidad tenga poca importancia práctica.

Cierra el debate un texto de Amparo González Ferrer y Mao-Mei Liu cuya aportación al intercambio no radica tanto en su específico contenido empírico como en su estrategia metodológica. González y Liu centran su estudio en el capital social individual, no el «societal», y no se ocupan del impacto de la heterogeneidad étnica y la inmigración sobre el capital social, sino del efecto del capital social sobre la experiencia (o expectativa) individual de migración. Sin embargo, su contribución ayuda a percibir mejor las deficiencias metodológicas de los análisis de Putnam por contraste con la rigurosa estrategia de identificación de conexiones causales que las autoras aplican, que sigue directrices análogas a las propuestas por Portes y Vickstrom.

Conceptos, teoría, método, validez empírica, implicaciones ideológicas... Todos estos aspectos del argumento de Putnam son sometidos a examen, de una u otra manera, en los seis trabajos que la *RES* presenta en este número. En ellos encontrará el lector abundante material para valorar los méritos de las tesis de Putnam y de su programa de investigación desde una perspectiva crítica.